



FUNDAMENTOS DEL MOVIMIENTO HUMANISTA

MARIO RODRIGUEZ C. *

Los humanistas son mujeres y hombres de este siglo, de esta época. Reconocen los antecedentes del humanismo histórico y se inspiran en los apóstoles de las diversas culturas, no solamente de aquellas que en este momento ocupan un lugar central. Son, además, hombres y mujeres que dejan atrás este siglo y este milenio, y se proyectan a un nuevo mundo.

Los humanistas sienten que su historia es muy larga y que su futuro es aún más extendido. Piensan en el porvenir, luchando por superar la crisis general del presente. Son optimistas, creen en la libertad y en el progreso social.

Los humanistas son internacionalistas, aspiran a una nación humana universal. Comprenden globalmente al mundo en que viven y actúan en su medio inmediato. No desean un mundo uniforme sino múltiple: múltiple en las etnias, lenguas y costumbres, múltiple en las localidades, las regiones y las autonomías, múltiple en las ideas y las aspiraciones, múltiple en las creencias, el acervo y la religiosidad, múltiple en el trabajo, múltiple en la creatividad.

Los humanistas no quieren amor; no quieren delicias ni jolís, ni se sienten representados ni jolís de nadie. Los humanistas no quieren un Estado centralizado; ni un Partacado que lo reemplace. Los humanistas no quieren ejércitos policiales, ni bandos armados que los sustenten.

Pero entre las aspiraciones humanistas y las realidades del mundo de hoy, se ha levantado un muro. Ha llegado, pues, el momento de derribarlo. Para ello es necesaria la unión de todos los humanistas del

mundo.

EL CAPITAL MUNDIAL

Me aquí la gran verdad universal: el dinero es todo. El dinero es gobierno, es ley, es poder. Es, básicamente, subsistencia. Por eso adonde el Arte, es la Filosofía y es la Religión. Nada se hace sin dinero; nada se puede sin dinero. No hay relaciones personales sin dinero. No hay intimidad sin dinero y aun la soledad reposada depende del dinero.

Pero la relación con esa "verdad universal" es contradictoria. Los humanos no quieren este estado de cosas. Estamos pues, ante la tiranía del dinero. Una tiranía que no es abstrata porque tiene nombre, representantes, ejecutores y procedimientos indudables.

Hoy no se trata de economías feudales, ni de industrias nacionales, ni siquiera de intereses de grupos regionales. Hoy se trata de que aquellos sobrevivientes humanos acomodados su parcela a los dictados del capital financiero internacional. Un capital especulador que se va concentrando mundialmente. De esta suerte, hasta el Estado nacional requiere para sobrevivir del crédito y el préstamo. Todos mandan la inversión y dan ganancias para que la banca se haga cargo de las decisiones finales. Está llegando el tiempo en que las mismas compañías, así como los campos y las ciudades, serán propiedad indiscutible de la banca. Está llegando el tiempo del Partacado, un tiempo en el que el antiguo orden debe ser aniquilado.

Parejamente, la vieja solidaridad se evapora. En definitiva, se trata de la desintegración del tejido social y del advenimiento de millones de seres humanos desconectados e indiferentes entre sí a

pesar de las penurias generales. El gran capital domina no sólo la objetividad gracias al control de los medios de producción, sino la subjetividad gracias al control de los medios de comunicación e información. En estas condiciones, puede disponer a gusto de los recursos materiales y sociales convirtiendo en irreparable a la naturaleza y descartando progresivamente al ser humano. Para ello cuenta con la tecnología suficiente. Y, así como ha sucedido a las empresas y a los estados, ha sucedido a la Ciencia de sentido convirtiéndola en tecnología para la miseria, la destrucción y la desocupación.

Los humanistas no necesitan abundar en argumentos cuando enfatizan que hoy el mundo está en condiciones inómitas suficientes para solucionar en corto tiempo los problemas de vastas regiones en lo que hace a pleno empleo, alimentación, salubridad, vivienda e instrucción. Si esta posibilidad no se realiza es, sencillamente, porque la especulación monstruosa del gran capital lo está impidiendo.

El gran capital ya ha agotado la etapa de economía de mercado y comienza a disciplinar a la sociedad para afrontar el caos que el mismo ha producido. Frente a esta irracionalidad, no se levantan dialécticamente las voces de la razón sino los

gritos de la desesperación. Y si se quiere, la gente y la dirección sean compartidas. De otro modo, ¿cómo se podría evitar el desequilibrio, el caos y el vaciamiento empresarial? Porque el gran daño está en la subversión, la grieta fraudulenta, el cruce de caminos torcido y la fuga del capital, no en las ganancias que se puedan obtener como consecuencia del aumento en la productividad. Y si se insistiera en la confiscación de los medios de producción por parte de los trabajadores, siguiendo las enseñanzas del siglo XIX, se debería tener en cuenta también el reciente fracaso del socialismo real.

En cuanto a la objeción de que concentrar el capital, así como está en el mundo el trabajo, produce su fuga a países y áreas más prósperas, ha de aclararse que esto no ocurrió por mucho tiempo más ya que la irracionalidad del esquema actual lleva a saturación y crisis mundial. Esta objeción, aparte del reconocimiento de una inmovilidad radical desconoce el proceso histórico de la transferencia del capital hacia la banca resultando de ello que el mismo empresario se va convirtiendo en empleado en una decisión dentro de una cadena en la que aparece autonomía. Por otra parte, a medida que se agudice el proceso recesivo, el mismo empresario enfrentará a consideración estos puntos.

Los humanistas sienten la necesidad de actuar no solamente en el campo laboral sino también en el campo político para impedir que el Estado sea un instrumento de capital financiero mundial, para lograr que la relación entre los factores de la producción sea justa y para devolver a la sociedad su autonomía arrebatada.

EL LA DEMOCRACIA FORMAL Y LA DEMOCRACIA REAL

Gravemente se ha ido arruinando el edificio de la democracia si se desquiebra en sus bases principales: la independencia entre poderes, la representatividad y el respeto a las minorías.

La teoría independiente entre poderes es un consorcio. Basta preguntarse la práctica el origen y composición de cada uno de ellos, para comprobar las íntimas relaciones que los ligar. No podría ser de otro modo. Todos forman parte de un mismo sistema. De manera que las frecuentes crisis de avance de unos sobre otros, de superposición de funciones, de corrupción e irregularidad, se corresponden con la situación global, económica y política, de un país dado.

Encuentramos la representatividad desde la época de la extensión del sufragio universal se pensó que existía un solo acto entre la elección y la consecución del mandato de los representantes del pueblo. Pero a medida que ha transcurrido el tiempo se ha visto claramente que existe un primer acto mediante el cual muchos eligen a pocos y un segundo acto en que esos pocos traen a los muchos, representando a intereses ajenos al mandato recibido.

Ya ese mal se incubaba en los partidos políticos reducidos a cúpulas separadas de las necesidades del pueblo. Ya, en la máquina partidaria, los grandes intereses financieros candidatos y decían las políticas que éstos debían seguir. Todo esto evidencia una profunda crisis en el concepto y la implementación de la representatividad.

Los humanistas luchan para transformar la práctica de la representatividad

AUTORÍA

Rodríguez C., Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Fundamentos del movimiento humanista [artículo] Mario Rodríguez C. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile